

II

TRABAJITO EN LA CURIA

El gallego Jesús, encargado de traer la granadina, abrir la puerta y ventilar la Sala Capitular, tiró el diario de la tarde, bostezó y empezó a quitar el polvo con un plumero al soberbio cuadro en esmalte luminoso "Manning" del Sagrado Corazón de Jesús, regalado a la Curia por la Santería General Consolidada Satanowski and Co. "Paece un hortelano polaco con un pimiento morrón en la mano", pensó el gallego, y sacudió la cabeza para desechar el mal pensamiento, pero no pudo. Era una de esas miles de imágenes dulcemente persuasivas de que el poderoso fundador del Cristianismo fue un sonsito triste de cabellos rubios.

En ese momento, la voz de los canillitas con la edición 5ª lo hirió de inmovilidad. ¿Soñaba? ¿Sería posible? Sí, el pregón se repetía cada vez más claro. Se asomó al amplio ventanal que daba sobre el cruce de la antigua Avenida de Mayo con la Diagonal Anatolio Bostanes y empezó a hacer señas frenéticas a un canillita que le subiera "El Tábano"¹. Sí, allí estaba con grandes mayúsculas la tremebunda noticia:

LA MUERTE DEL CURA LOCO
DESAPARECE EL ENEMIGO NÚMERO UNO DE PAÍS
GANA LOS CIEN TRÚMANES ORO
EL INSPECTOR DE POLICÍA EDMUNDO FLORIO

—¡Toma! —exclamó Jesús— ¡Ésta sí que es gorda! y aquí éstos están por hacer una reunión... Pues no les diré una palabra. ¡Que hagan su reunión... y que se fastidien, puño! ¡Gandules! ¡Atrasaos!

1. El diario *Crítica*, cuyo director era Natalio Botana

¡Que me deben el aguinaldo, y no me aumentan, mecachis! ¡Que tién ellos más de la metá la culpa de too, hombre! ¡So inútiles! ¡Veinte años que trabajo aquí, y, entovía no me han aplicao el inciso sexto de la ley del aumento-político familiar progresivo! ¡A los pies de osté, Monseñor! ¡Pero encantao de verle a usté tan runflante! ¡Pues si está ustéz hecho una flor de Maio! ~~¡No hay nadie aún, pero entre osté, entre osté, Monseñor Florete!...~~

—¿Cómo me encuentra usted? —preguntó el Prelado.

Monseñor Fleurette era el gran orador sagrado y consultor de la aristocracia argentina que llenaba con su fama medio siglo de la brillante historia de la Iglesia Rioplatense Unificada. Rubio, alto, corpulento, elegante, vendiendo vida y brío a pesar de su edad, Fleurette tenía empero la hipocondría de la enfermedad imaginaria.

—¡Una flor de Maio y ná más! ¡Una flor de... la Avenía de Maio! —dijo el portero sonriente—. Pasen ostedes, mis reverencias, ya es la hora.

Entraban discutiendo vivamente el Abate⁴ Papávero y Monseñor Panchampla. Detrás venía el Deán, alto y severo, Monseñor Lezaún. A los pocos minutos el Capítulo estaba reunido, el Fiscalito en su rincón con las manos sobre la máquina de estenografiar.

—Ya saben sus Reverencias Excelentísimas el objeto de esta reunión —comenzó el Presidente de ella Monseñor Panchampla— a saber, considerar el caso del bandido y salteador público llamado el Cura Loco, por desgracia ornado efectivamente con el estigma del sacerdocio; y arbitrar los medios conducentes para frenar la peste que él ha infumigado en la Iglesia Argentina. Ese impostor está haciendo muchísimo daño, y hay muchísima gente que lo estima no solamente por sacerdote legal y canónico, sino también, "*risum teneatis, amici*", por santo. Mi opinión es que todos son cuentos los prodigios que se le atribuyen, inventados por el populacho y exagerados después por los pasquines; o que en último caso, es un buen *prestigitidor*, ducho en física o química o semántica, porque también corre que es un hombre relativamente docto. Eso explicaría las diversas "aureolas" con que dicen lo han visto cuando dice misa, que no debería decirla... ¡Trucos, señor! Pero ¡derribar una casa con una sola palabra, con un gesto, el local de la comisaría de San Justo donde lo tenían preso, vamos, señor, que lo crea la abuelita de ustedes, con perdón de ustedes... me refiero a la abuela de los que lo creen, no a ustedes, Reverencias

Excelentísimas! ¡Eso sobrepasa todas las tragaderas! Bien, lo que nos interesa es el aspecto religioso: las autoridades civiles están ya con la sangre en el ojo, y sobre la pista caliente. Es menester por lo tanto fulminar públicamente la excomunión mayor sobre ese brujo de pega, porque de otro modo nuestra amada madre la Iglesia Americana Unificada, desgarrada ya por el más peligroso cisma, deshonrada por la conducta insensata y sacrílega de los cristóbales, y amenazada por su Irreprochabilidad el Señor Adelantado con el retiro de todos los subsidios...

—Si ésa es la relación, y ése es el objeto de esta reunión, yo me voy —dijo bruscamente Monseñor Lezaún—. Si ustedes no tienen nada que hacer, yo tengo. Si hemos venido aquí para averiguar la verdad acerca de ese sacerdote —me consta que es sacerdote— bien. Pero en eso que el Reverendo Relator nos ha relatado, hay cuatro o cinco patrañas peores que los pasquines. Yo no soy nazi ni cristóbal ni soy protector de curas politiqueros, ni sé nada acerca del cura Namuncurá; pero. . .

—El Reverendísimo y Excelentísimo Deán no sabe nada acerca del Cura Loco, lo confiesa; pero sabe que lo que yo sé son patrañas... *¿Séquitur an non séquitur?* —dijo Panchampla.

—Traigan el libro del movimiento de Curia de 1966 —dijo Lezaún,

—Un momento —paró Mons. Fleurette—. ¿Vamos a empezar una discusión personal interminable como la otra vez, o vamos a trabajar? —interpeló con su bronceada voz de barítono, que llenó la sala, e hizo vibrar el marco de plata del Sagrado Corazón.

—Nos hemos olvidado de rezar el "*Veni creator...*" —musitó la voz suave del Fiscalito.

—¡Al diablo el *Veni creator!* —gritó el padre Papávero—. ¡Ay, perdón! Sin querer me he irreverenciado con el Espíritu Santo. Perdonen sus Reverendísimas... Quiero decir ¿de qué se trata aquí? ¿De excomulgar al loco ése? ¿No está ya excomulgado y recontra excomulgado *ipso facto* y *lata sententia* por sus mismas fechorías?

—Está suspendido, y sigue diciendo misa, y lo que es mucho peor, predicando —apuntó un canónigo.

—Ergo, basta —dijo el Padre Papávero—. Irregular... *cum irregularitate majore ad Sedem Apostólicam reservata...*

—Perdón, reverendo Teólogo Consultor, y mi gran poeta —dijo fríamente el Deán— no consta que esté suspendido ni consta que lo podamos suspender. ¡No sabemos nada de cierto!

—¡Cómo! —gritó Panchampla—. ¿Nada de cierto?

—¡El libro! —dijo el Deán tocando un timbre. Entró el gallego Jesús sobre el mismo toque del timbre, con una bandeja de vasos llenos de granadina.

—¡Traiga el libro de 1966! ¡Nadie le pide la granadina todavía!
¡Truhán! ¡Has estado escuchando a la puerta!

—¡Que me caiga muerto aquí mismo, Excelencia... —empezó el gallego; y se le cayó un vaso de granadina sobre el hábito violeta de Fleurette.

—¡Sapristí! —gritó éste enteramente furioso—. ¡mándate mudar, asno salvaje!

—Pasáme primero un vaso de granadina —dijo Papávero.

—Allí está el libro, mecachis, desde aier sobre la repisa ¿no lo vieron sus Reverencias? Pues los asnos salvajes, ven; los que no ven son los pichiciegos —replicó el portero volviéndose con descaro al Capellán del Virreinato.

Mas el Deán cortó el incidente con su voz imperiosa. Había encontrado lo que buscaba en el libro y leía estentóreamente:

"Luis Sancho Vélez Zárate Namuncurá llegó de Roma el 24 de febrero. Ordenado allá por el Cardenal Marchetti-Selvaggiani, Vicario General de la Urbe. Estudios brillantes, las más altas notas en todas las facultades. Vocación tardía. Diócesis de la Patagonia. Enviado a la Parroquia de Cristo Obrero de Buenos Aires, extraordinario éxito al principio y después escándalo. Suspendido 'a divinis' por un año...".

—Error del cardenal —flauteó desde el rincón la voz del Fiscalito...

—¡Ché! ¿Qué te está por dar a vos? —chilló Papávero.

—Silencio. Y usted, so insolente, escriba y calle —dijo el Deán, dirigiéndose al Fiscalito.

—Si me hubiesen hecho caso a mí —amonestó Fleurette— lo hubieran recluso entonces en el Hogar Sacerdotal, y hoy estaríamos tranquilos.

—Esa suspensión es la clave de todo —dijo Panchampla—. Se fugó con una mujer en un avión. No habrá pecado, sería su hermana la mujer, como dijeron, o era una vieja enferma, como también se dijo, el caso es que el aeroplano era robado y el escándalo fue mayúsculo. Está prohibido bajo suspensión andar en auto, no digo en avión, en auto, con una mujer.

—Y lo peor —dijo Papávero— dejó la parroquia, vistió un mono azul, empezó a trabajar de obrero en un taller atómico de la CADE, a hacer... hmm... “prodigios”, y a predicar contra nosotros.

—Si lo habían “suspendido” ustedes sin oírlo ¿qué iba a hacer? ¿Haraganear? ¿Mendigar? ¡Empezó a trabajar! ¿Y qué hay? —preguntó el Fiscalito.

—Que venga a la Curia a pedir perdón...

—¿Y si era inocente?

—¡Que venga a la Curia a explicarse!

—¿No lo había echado usted de la Curia una vez, Reverendísimo?

—Que se humille. Que tenga paciencia. Que imite a Nuestro Señor Jesucristo.

—Se humilló por carta. Ustedes no le contestaban ni una carta. Nosotros también tenemos que imitar a Jesucristo.

—Y lo imitamos —dijo Panchampla con furor—. Pero usted allí, dígame un poco, ¿es fiscal contra nosotros o es fiscal contra el reo?

—En definitiva —interrumpió el Deán— no sabemos ningún delito cierto a partir de ese momento. No se puede condenar a nadie sin oírlo.

—¿Y el tiro? —saltó Panchampla echando venablos por los ojos— ¿Y el tiro? ¿Les parece a ustedes muy litúrgico tirarle un tiro de pistola a otro sacerdote? ¡Cánon 412, “suadente diábolo” ¡Un tiro de pistola! ¡Dígame un poco! ¡Un tiro!

—Le erró —dijo muy tranquilo el Fiscalito.

—¡Un tiro, y a otro sacerdote!

El Fiscalito se puso morado como una berenjena y comenzó a sudar.

—¿Y ha averiguado usted dónde estaba y qué estaba haciendo en ese momento el “otro sacerdote”?

—Pssssttt!!! —chistaron a la vez varios canónigos. Hacía rato que el Fiscalito estaba levantando presión en su rincón, y haciendo sonar las teclas como disparos de dormidita. De repente se levantó, todo flaco, despeluzado y rudo, y protestó:

—¡Macanas y nada más! Yo he hablado con Luis Namuncurá, que ustedes han bautizado loco, y es más cuerdo que ustedes. Respondió a todas mis preguntas con candor de niño, directamente y sin ambages, con la sencillez de lo verdadero, y...

—Y con la caradurez más cínica —interrumpió Panchampla.

El Gran Vicario de la Arquidiócesis y obispo titular de Selenópolis se había levantado a su vez, con un crujido de sus amplias vestiduras escarlatas recamadas de plata; y con su gran melena, su cara rectangular color tomate, su nariz aguileña, la quijada levantada en su habitual gesto de esfinge, los anchos hombros, la barriga imponente y la alta estatura, tenía un aspecto realmente pontifical.

—Interpongo mi autoridad y lo que yo sé "*in pectore*" para avalar la verdad de todo lo que he testimoniado —dijo con su voz de ceremonia.

—No hay nada probado. No sabemos nada —insistió el vasco Lezaún.

—Sabemos que se volvió un bandido y capitán de bandidos; que se ha puesto en rebelión contra las legítimas autoridades; que ha exasperado al Irreprochable, perdón, a nuestro Excelentísimo Virrey del Río de la Plata, hasta lo indecible; que anda fomentando la guerra civil cristera; que ha caído en la herejía del milenarismo carnal; que está amancebado con una bruja... ¡Qué está excomulgado diez mil veces! —gritó con grandes manotones en el aire.

—No sabemos si está descomulgado —dijo el vasco.

—Empezó a decir misa de nuevo sin que le levantáramos...

—Después del año de suspensión, empezó de nuevo a celebrar. Según el Derecho, esa suspensión no puede durar más que un año. Aunque no exista el famoso rescripto...

—¡Ah! ¡El rescripto! —rieron varios canónigos.

—¡No existe! —gritó Panchampla—. ¡Absurdo! ¡Más inverosímil que el poder de derribar casas! ¡Un rescripto del Papa dándole las licencias "*urbi et orbi*" dependiente directamente de la Santa Sede. . . ¡Sueños absurdos!

—¿Y si ese rescripto lo han visto?

—¿Quién lo ha visto?

—Nuestro Eminentísimo Señor. . .

—¡El Cardenal! —dijo Panchampla, cubriéndose piadosamente con la mano una sonrisa.

—Pobre nuestro Eminentísimo Señor... —dijo devotamente Papávero, haciendo lo mismo.

—Ciertamente que si lo vio "*de visu*", y no consta por escrito —apuntó Fleurette— la chochera... el testimonio "*de visu*" y no "*in litteris*" padece nulidad por defecto de forma...

Desde la enfermedad del anciano Purpurado, que lo tenía privado, todo el mundo sabía que el arrogante Capellán del Adelantado ejercía

“*de facto*” el poder en la Iglesia, a pesar de la resistencia continua de Panchampla. Se levantó Fleurette, echando atrás las alas de su gran manteo español con visos violeta, en actitud preparatoria de un discurso. Pero se levantó de nuevo al mismo tiempo el Fiscalito, y con su voz aflautada que temblaba un poco, dijo tranquilamente:

—Mi opinión es que todos ustedes son unos hipócritas.

Una bomba no hubiese hecho mayor efecto. Algunos canónigos ni gritaron, porque se quedaron petrificados de asombro; pero lo que es Papávero se hizo oír: “¡Miserable! ¡Insolente! ¡Neurasténico! ¡Aliancista!...” ¿Era verdad que el Fiscalito había sido rosista antes de ordenarse; pero no había llegado ni a nazi, ni a aliancista, ni menos a cristóbal, para los que podían discernir esos grados; pero la verdad es que el masón es siempre masón, en cualquier grado que esté; y aunque el muchacho había abjurado públicamente todos sus errores, y aceptado todas las pastorales de los Obispos al recibir las órdenes, ya se sabe que ciertos errores, el que los tuvo una vez... “*quo semel est imbuta recens servabit odorem testa diu...*”² —comentó Fleurette cuando ya el Fiscalito, echado de la Sala por el Deán, salía a grandes trancos.

Abrió la puerta con furor y lo tiró al gallego Jesús, que efectivamente estaba agachado escuchando a la puerta. Cerró dando un portazo. Fleurette le echó una maldición, y se levantó de nuevo, a fin de perorar. Panchampla, que estaba muy excitado, lo paró:

—Monseñor, permítame una palabra, la aclaración definitiva. Después callaré y aceptaré lo que su Reverendísima determine. Sé de buenísima fuente que si no fulminamos excomuniación mayor pública al Cura Loco y a todos los cristóbales sus heréticos secuaces, y eso como cosa enteramente nuestra, “*extemplo et sponte*”³, sin decir una sola palabra, el Gobierno no nos pagará este año los “subsidios”... pretextando el Déficit de la Hacienda y los gastos de la guerra civil. Después de esto, ustedes verán lo que hay que hacer.

—¡Es imposible! ¡Sería injusto! —exclamó desconcertado Lezaún.

— Sería un descalabro total —dijo Papávero muy agitado—. ¡Los subsidios! ¡Se hunde la Iglesia Argentina! ¡La beneficencia!

2. “El perfume que impregnó la vasija todavía nueva, durará por largo tiempo (Horacio, *Epodos*, 1,2,69 - 70)”.

3. Al punto y por propia voluntad.

¡Los Sanatorios! ¡La playa de la Empleada! ¡Los bois escotos de Don Bosco! ¡La obra de las Casas Baratas para Viudas Pobres! ¡La protección al Picapedrero!

—¡Y nuestras mismas prebendas! —añadió Panchampla muy templado.

—~~No creo esa noticia —opuso Fleurette, haciendo grandes gestos para que lo dejaran hablar—. ¿No la sabría yo primero, el Capellán del Adelantado? Si Sus Reverendísimas Excelencias me prestan atento oído, desarrollaré mi opinión, y zanjaré este enojoso asunto...~~

Pero estaba escrito que Fleurette no había de encajar un discurso más, de los que empezando infaliblemente con una referencia a la Revolución Francesa, acababan invariablemente con la frase: "Una vez más repito a las autoridades, como los antiguos romanos, *¡cáveant Cónsules!*", El gallego Jesús entró con otra bandeja de granadina. El Deán quiso echarlo a los gritos, y Fleurette pareció quererle pegar. Pero Jesús alzó sobre su cabeza el ejemplar del "Tábano" que había comprado, y el Reverendísimo Capítulo vio con el segundo choque del día la noticia "bomba" que en ese momento convulsionaba a toda Buenos Aires... —menos a ellos:

EL CURA LOCO HA MUERTO

Describir la explosión de alegría que siguió a esa revelación es imposible, porque entre otras cosas, duró demasiado poco. Fleurette gritaba:

—¿Ven lo que yo decía? —y tres o cuatro canónigos habían entonado un *Te Deum* a voz en cuello. El gallego Jesús triunfaba exclamando: "¡Que están ustés siempre mu atrasaos, hombre!", y aquello era el campo de las Navas de Tolosa al aparecer Santiago, cuando sobrevino el fenomenal suceso que es propiamente el eje de esta verídica historia. Apareció la viuda. *Attenti*:

El rostro del Sagrado Corazón desapareció y en su lugar apareció el rostro humoroso del Cura Loco, anguloso y ojizarco, aunque Monseñor Fleurette declaró después ahincadamente a la Policía que era el rostro del Fiscalito. En torno del rostro una aureola de luz pálida. Una voz tremebunda gritó: —Voy a destruir esta casa inútil. No se muevan. Ninguno morirá. Ábranse un espacio en medio del polvo, respiren fuerte, y esperen pacientemente que los desentierren. Aquí les voy a dejar un documento que ustedes deben conocer, y además unos versos conmemorativos de este histórico suceso. ¡En

nombre de Dulcinea Argentina y el furor de Cayastá! ¡A la voz de áura! —bramó el fantasma (evidente que tenía un micrófono), y se hizo humo.

O mejor dicho, lo que se hizo humo fue la casa. La sala comenzó a deshacerse como un helado.

Éste fue el primero bien observado de los fenómenos de disocie de la materia que convulsionaron la Argentina y pusieron un momento de rodillas a su legítimo gobierno ante los cristóbales. El testimonio de los canónigos fue el primero que publicaron los diarios, tal y como los tomó la Federal. Es sabido que en el caso de la comisaría de San Justo, por no haber avisado nada el Cura de antemano, tres de los policías se ahogaron y dos se volvieron locos, no quedó ningún testigo. Por lo menos, eso fue lo que contaron los diarios grandes.

Lo que vió el Vicario Fleurette fue lo siguiente: las paredes se iluminaron de golpe por dentro de un lívido fulgor fosforescente, a conjuros de un extraño silbido “como el escape de vapor de una caldera”. Todos los colores se disiparon y los muros se pusieron blanco lechosos. El material se iba poniendo poroso, como algodón o piedra pómez, la piedra se desvanecía y se iba venciendo lentamente sobre los consternados eclesiásticos, con una lentitud mortal, con una pachorra de siglos, con una especie de siniestra premeditación; pero parecía más liviana que la nieve, más irreal que el humo. Cuando el polvo impalpable llegó hasta sus cabezas, no vieron nada más; pero el tacto de los manoteos desesperados no hallaba resistencia, parecía nadar en crema chantilly. Sus gritos desesperados no sonaban. Cuando dos horas después los sacaron, estaban afónicos; y sin embargo, nadie los había sentido. Salieron de un médano de polvo blanco, impalpable e impóndero de ocho metros de alto por media cuadra de base por lo menos —que era lo que había devenido en pocos instantes, por obra de la energía atómica (o el demonio, mejor dicho) el soberbio rascacielos de mármol de la Curia Metropolitana, construido magnánimamente a expensas del Superior Gobierno de la Nación, que ocupara el lugar de la antigua Catedral de Rivadavia, sobre la Plaza Roosevelt, antigua Plaza de Mayo.

Éste fue el segundo de los derrumbes atómicos que provocó el Cura Loco, que no estaba tan muerto por lo visto. El tercero fue el de la Casa Rosada, el cuarto fracasó. Aquel invento de Rotondaro que el Gobierno había despreciado por no creer que un argentino pudiese

saber nada de energía nuclear, había pasado a manos de los rebeldes. Cuando en la Antigua Capital se supo que una casa cualquiera podía ser reducida a polvo —y el medio era un impenetrable misterio— la inquietud que cundió en la población fue pavorosa. Ella fue la que obligó al Irreprochable a iniciar las negociaciones ~~que más tarde tuvieron lugar en San Juan la Vieja~~ —con el resultado que veremos.

CARTA AL GRAN VIZIR

(Éstos son los versos que se encontraron al lado de un megáfono y un motorcito de rayos catódicos entre las ruinas, junto con la copia fotográfica de un documento que resultó indescifrable.)

Para saber mandar
 Hay que saber bastante obedecer,
 Y hay que saber bastante padecer
 Para saber un poco castigar...
 Pero para saber ser desdichado,
 Hoy día lo dan gratis o al fiado.

De enemigo pequeño
 Me libre Dios, que al grande yo lo obligo
 A ser mi esclavo o dueño,
 Y lo elimino así como enemigo.
 Antes de hacer macanas, dáos al ocio,
 La injusticia no es siempre un buen negocio.

No oprimáis los carismas,
 No matéis al profeta, sacerdotes.
 Ellos tienen sus prismas,
 Y ven cosas, y encima ponen motes.
 No cortéis a ningún pájaro el vuelo.
 Con esto y algo más se gana el cielo.

Aunque estéis en la cima,
No creáis que véis todo o que sois todo.
No es para siempre estar encima,
El hombre para Dios es siempre lodo.

Dios nos libre de burros y sus coces
Y de los hombres que se sienten dioses.